



**Un nuevo socialismo democrático en Chile**

**Ignacio Walker**

**¿Planificación para el desarrollo local?  
La experiencia en algunos municipios  
de Santiago**

**Dagmar Raczynski  
Claudia Serrano**

**Crisis y recuperación económica  
en Chile en los años 80**

**José Pablo Arellano**

**El cobre y la generación de recursos  
externos durante el régimen militar**

**Patricio Meller**

**El impacto de escenarios externos  
alternativos sobre la economía chilena en  
1988 - 1989**

**Klaus Schmidt-Hebbel**

**Comparación de modelos  
macroeconómicos latinoamericanos**

**Joaquín Vial**

## UN NUEVO SOCIALISMO DEMOCRATICO EN CHILE\*

IGNACIO WALKER

SINTESIS. A partir de 1973 emerge, desde el interior de un significativo sector de la izquierda chilena, lo que podríamos identificar como un "nuevo socialismo democrático". Este reúne a diversas corrientes históricas y recientes de la izquierda, las que logran aglutinarse en torno a uno de los dos sectores que resultan de la división del Partido Socialista en 1979. La característica principal de este proceso de "renovación" socialista es su revalorización de la democracia, lo que surge principalmente a partir de la traumática experiencia de la dictadura militar instalada en el poder desde 1973. En dicho proceso, el socialismo europeo aparece como la principal influencia externa.

### INTRODUCCION

La "Vía Allendista al Socialismo" (1970-1973), en "democracia, pluralismo y libertad", no encontró en el seno de la izquierda, y especialmente en el propio Partido Socialista de Chile (PSCH), el correlato de un socialismo democrático claramente definido y articulado. Dicho partido había evolucionado desde una etapa marcadamente populista, caracterizada por una permanente ambigüedad y, cuando más, por una visión meramente instrumental de la democracia, hacia una etapa de creciente leninización, caracterizada por una actitud de franca oposición a las instituciones de la democracia representativa<sup>1</sup>.

Es sólo a partir de 1973 que se advierte, en un significativo sector de la izquierda chilena, el surgimiento de lo que hemos denominado un "nuevo socialismo democrático". Este último, más avanzado en el plano de la discusión intelectual que en el de su desarrollo orgánico, aparece como el punto de convergencia de diversas corrientes históricas y recientes de la izquierda chilena, las que logran aglutinarse en torno a uno de los dos sectores que resultan de la división del Partido Socialista en 1979.

La característica principal de este nuevo socialismo democrático es su revalorización de la democracia política, otrora calificada de meramente "formal" y "burguesa". En esta nueva fase de desarrollo del socialismo chileno a la democracia se la define como "espacio y límite" de la acción política; sus aspectos formales adquieren un valor sustan-

---

\* Este trabajo forma parte del programa de CIEPLAN sobre "Desarrollo y Democracia", que ha contado con el apoyo de la Fundación Ford. Una investigación más extensa sobre el tema en referencia está realizando el autor en su tesis doctoral para la Universidad de Princeton. Se agradecen los comentarios de Jorge Arrate, Manuel Antonio Garretón, José Antonio Viera Gallo, Jaime Gazmuri, Julio Silva Solar y Eduardo Ortiz, a una primera versión del mismo.

<sup>1</sup> Esta hipótesis se desarrolla con mayor profundidad en Walker (1986).

tivo y, lejos de considerársele como una "concesión" de la burguesía, se la aprecia como una conquista popular. En esta nueva mirada renovadora el socialismo es visto como una tarea de "profundización" de la propia democracia política (y no como alternativa a la misma).

Nuestra hipótesis central es que este nuevo socialismo democrático surge de la traumática experiencia de la dictadura militar instalada en el poder a partir del golpe de Estado de septiembre de 1973. El advenimiento de un régimen autoritario, con su secuela de atropello sistemático de los derechos humanos, conduce, en el seno de este significativo sector de la izquierda chilena, a una revalorización de la democracia en cuanto régimen político de gobierno.

El socialismo europeo destaca en dicho proceso como la principal influencia externa. En efecto, el exilio de la izquierda chilena coincide con un triple proceso al interior de la izquierda europea: el surgimiento del "eurocomunismo", la crisis de los "socialismos reales" (Comunismo del Este) y el ascenso al poder de gobiernos socialistas de nuevo cuño, especialmente en la Europa meridional. Todos estos elementos, cual más cual menos, en el contexto general del debate en torno a la cuestión de la "crisis del marxismo" que se ha dado en las últimas dos décadas, influyen significativamente en la evolución de la izquierda "renovada", en una línea de reafirmación democrática y de denuncia de toda forma de autoritarismo, de izquierda o de derecha.

Todo lo anterior conduce, al interior de este nuevo socialismo democrático, a una autocrítica de su experiencia más reciente en el poder (bajo la Unidad Popular), a una verdadera relectura de la historia política chilena y a una tarea de "rescate" de aquellos elementos democráticos que forman parte de la historia del socialismo chileno. Entre estos últimos, destacan los aportes de Eugenio González, uno de los más importantes intelectuales del socialismo chileno, y los contenidos básicos de la "vía allendista", especialmente en su diseño de un socialismo construido en "democracia, pluralismo y libertad".

Es al estudio de este proceso que dedicaremos las próximas líneas, concentrándonos más en el nivel del debate intelectual que en el de su desarrollo orgánico, el que aún no se encuentra suficientemente definido. Para ello nos hemos basado tanto en fuentes primarias como secundarias. Considerando la riqueza de los debates al interior de esta izquierda renovada hemos procurado mantener las propias expresiones de sus protagonistas, aun a riesgo de abusar de las citas.

## EL IMPACTO DE LA DICTADURA

En 1946, Víctor Raúl Haya de la Torre escribió sobre los socialistas chilenos: "Ellos desprecian la democracia, porque no les ha costado nada adquirirla. Si sólo conocieran la verdadera cara de la tiranía"<sup>2</sup>. Con ello, el líder aprista aludía a la permanente ambigüedad, cuando no la franca oposición, que el socialismo chileno mantuvo

<sup>2</sup> En Hochwald (1981), 116.

históricamente en relación al valor de la democracia política y sus instituciones. A lo más, la democracia fue considerada como algo "dado", sin perjuicio de una sostenida práctica inmersa en sus instituciones.

Hacia fines de la década del sesenta y comienzos de la década del setenta, bajo la Unidad Popular y en el contexto de la izquierda latinoamericana en general, se acuñó la célebre frase: "socialismo o fascismo". Este aparecía como el principal dilema a resolver, en una perspectiva claramente revolucionaria. La democracia no aparecía como alternativa de interés real. Definitivamente no estaba a la orden del día, como no fuese para denunciar su carácter meramente "formal" y "burgués".

Fue el advenimiento de diversos regímenes autoritarios en el Cono Sur de América Latina lo que condujo a una modificación de dicha perspectiva, en un línea de reafirmación democrática. La experiencia traumática de haber conocido "la verdadera cara de la tiranía" (tomando la expresión del propio Haya de la Torre), tras el golpe de Estado de septiembre de 1973, condujo, en un significativo sector de la izquierda chilena, a un verdadero replanteamiento, a la vez teórico y político, en torno a la cuestión de la democracia. En esta nueva perspectiva el principal dilema a resolver aparece como aquel entre "democracia y autoritarismo". Lo que es aún más importante, este proceso pareciera dar cuenta no sólo de una readecuación táctica o estratégica, sino de un verdadero giro ideológico. Es en este último aspecto que queremos concentrarnos.

El impacto de la dictadura chilena no condujo directamente, al interior de la izquierda chilena, a una discusión en torno al tema de la democracia. Más bien, la discusión giró en torno al tema de los derechos humanos y a la necesidad de su adecuada protección. Fue este elemento el que condujo, en definitiva, a un replanteamiento más global en torno al tema "democracia y autoritarismo".

En lo que primero se hizo sentir el impacto de la dictadura fue en lo que se refiere a la situación de atropello sistemático y brutal de los derechos humanos, lo que afectó de manera especial a la izquierda chilena. Ello elevó el tema de los derechos humanos al primer plano. "De la experiencia del autoritarismo —señala Lechner— (como antes, de la vigencia del fascismo) surge la aspiración por un conjunto de normas supraleales, o sea, sustraídas al debate político y, al contrario, marco normativo de éste. Fruto de esa aspiración y de su actualidad son los derechos humanos"<sup>3</sup>.

Más allá del terror de los primeros años y de la política de "catacumbas" en que hubo de sumirse la izquierda tras al golpe militar, señala Angel Flisflisch, miembro del Comité Central del PS, la situación represiva planteó para la izquierda la necesidad de una mayor "consistencia cognitiva"; esto es, "la necesidad de velar por el valor permanente y universal de los derechos humanos, frente a cualquier tipo de régimen político y no sólo frente a dictaduras de derecha"<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Lechner (1985a), 295.

<sup>4</sup> Angel Flisflisch (entrevista personal, 28 de noviembre de 1986).

Fue, pues, a partir de esta experiencia, que se generó al interior de un importante sector de la izquierda chilena la necesidad de un replanteamiento radical en torno a la cuestión de la relación entre socialismo, democracia y autoritarismo.

Así, por ejemplo, dos de los principales intelectuales detrás del proceso de renovación socialista, Jorge Arrate y Manuel Antonio Garretón, se refieren al tema en los siguientes términos. El primero de ellos señala que “el autoritarismo del régimen implantado en Chile influye en consolidar el antiautoritarismo en el seno de la izquierda, que se proyecta de un modo general, es decir, que abarca también el repensamiento del tipo de socialismo que se propugna y su vinculación con la libertad”<sup>5</sup>. Garretón, por su parte, señala que “la experiencia de la dictadura enfrentó al socialismo y a la izquierda chilena con una realidad que no podía sino incidir en la reformulación de su proyecto teórico, ideológico y político. En efecto, la naturaleza del golpe militar y de la dictadura mostró que en estos países con clases medias diversificadas y ejércitos modernos, la alternativa real no era socialismo o fascismo, sino dictadura militar o democracia política, en el que una mayoría socio-política va realizando transformaciones con sentido socialista”<sup>6</sup>.

Detrás de estas afirmaciones acerca del valor de la democracia como resultado de la experiencia vivida bajo la dictadura, está el cuestionamiento de algunas viejas concepciones sobre la democracia, que hoy se estiman equivocadas, estrechas o insuficientes. La crítica (o autocrítica) está básicamente dirigida a aquella concepción, según la cual la democracia sería meramente “formal” y “burguesa”. En el primer caso, la alternativa estaría constituida por lo que se denomina democracia “real”. Sin embargo, como señala Armando Arancibia, miembro del Comité Central del PS, “el desconocimiento de la democracia formal, en razón de reemplazarla por la denominada democracia real, ha llevado generalmente a renunciar a la democracia misma”<sup>7</sup>. En este contexto, añade Ernesto Ottone, ex dirigente comunista, identificado con el proceso de renovación socialista, surge con mayor claridad “la *validez sustantiva* de las llamadas formas democráticas” (lo destacado es del mismo autor)<sup>8</sup>.

Una autocrítica similar se construye en torno al supuesto carácter “burgués” de la democracia. Lejos de aparecer como una “concesión” de la burguesía la democracia es vista históricamente, y en el contexto del proceso político chileno, como una verdadera “conquista popular”, que ha de ser preservada y profundizada. Es así como Garretón indica que “la democracia política no es una pura táctica o instrumento, sino una conquista histórica popular, que la constituye en el lugar al interior del cual debe darse la lucha por el socialismo”<sup>9</sup>.

<sup>5</sup> Arrate (1983), 93.

<sup>6</sup> Garretón (1987), 25.

<sup>7</sup> Arancibia (1982), 5. En una línea similar, Julio Silva Solar añade: “Sabemos que la democracia real quiere decir más que la democracia formal, pero también sabemos que sin democracia formal no hay democracia real” (1985), 101.

<sup>8</sup> Ottone (1986), 139.

<sup>9</sup> Garretón (1985a), 20.

Superar, pues, esta concepción del todo insuficiente en torno a la democracia, característica de la izquierda tradicional, apareció como una necesidad real en este proceso de renovación.

Sería interminable hacer referencia al sinnúmero de declaraciones, entrevistas y documentos al interior de este proceso de renovación, que van recepcionando esta idea de que la democracia tiene un valor "en sí misma", más allá de toda consideración puramente táctica o estratégica. Tal vez el caso más digno de destacar, por su relevante trayectoria política, sea el del propio Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista entre 1971 y 1979.

Hacia 1973, y durante buena parte de la década del setenta, Altamirano fue el jefe máximo de un partido que, al menos desde mediados de la década del sesenta, se definió en lo esencial por una postura leninista. En esa perspectiva la democracia era vista simplemente como un instrumento en poder de la burguesía, al interior de un sistema capitalista. El dilema, como hemos dicho, era aquel entre "socialismo o fascismo".

Sin embargo, al igual que con un importante sector del Partido Socialista, tras el impacto de la dictadura militar chilena y la experiencia del exilio, Altamirano va asumiendo una postura distinta, en una línea de reafirmación democrática. Dicha postura, tomada por un importante sector del Partido Socialista, dio lugar a un intenso debate interno, que culminara con la división de dicho partido en 1979.

El origen de la discusión puede encontrarse en un documento de la "dirección interior" del Partido Socialista, de marzo de 1974. Dicho documento, redactado por la dirección socialista que sobrevivió al golpe militar, compuesta por Exequiel Ponce, Carlos Lorca y Ricardo Lagos S. (todos ellos pertenecientes al grupo de los "Elenos" —Ejército de Liberación Nacional— y miembros del comité central del PS elegido en La Serena en 1971), asume una visión crítica del pasado reciente del partido y de la "derrota" de la Unidad Popular desde una perspectiva leninista.

En síntesis, dicho documento plantea que la derrota de 1973 estuvo sellada antes de esa fecha, fundamentalmente por las "insuficiencias al nivel de la vanguardia". Hacia el futuro, desde una perspectiva que el documento denomina "marxista-leninista", se plantea la necesidad y vigencia de la revolución socialista orientada hacia la construcción de la "dictadura del proletariado". Ello requiere de una "vanguardia organizada", de una "dirección única proletaria" que no tolere en su interior a "francotiradores de izquierda" y "desviaciones de derecha". Ambos tipos de desviaciones, añade el documento, la del "cretinismo parlamentario" y el "extremismo infantil", habrían sido los causantes de que el partido careciera de una dirección única, contribuyendo así a la derrota final. En una referencia velada al propio Altamirano, dicho documento señala que, en el pasado, el "centralismo democrático", pese a haber sido adoptado oficialmente por el partido, no habría sido implementado "por el factor decisivo de predominio de la pequeña burguesía en su conducción y su incapacidad para proletarizarse"<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Comité Central del Partido Socialista (mimeo, Santiago, marzo de 1974), 8. Este documento ha sido conocido desde entonces como "Documento de Marzo".

Dicha postura dio lugar a un intenso debate, y fue tomando cuerpo al interior del Partido Socialista, especialmente en la "dirección interior". Esta última realizó tres plenos clandestinos, en 1976, 1977 y 1979, y fue en este último que se decidió la expulsión de Altamirano (quien había permanecido a cargo del "secretariado exterior", en Berlín Oriental) desde su puesto de secretario general del partido. Todo lo anterior resultó en la división de abril de 1979, quedando constituidos dos partidos: uno, de definición "marxista-leninista", dirigido por Clodomiro Almeyda (hasta entonces subsecretario general del partido), y otro, de progresivo alejamiento del leninismo y de reafirmación democrática, dirigido, al menos en los dos primeros años, por el propio Altamirano<sup>11</sup>.

En el fondo de dicha división encontramos el enfrentamiento entre dos concepciones ideológicas que se habían hecho crecientemente antagónicas. Por un lado, una concepción leninista, que tiene su origen en el "Documento de Marzo" de 1974 y que apunta a las carencias al nivel de la vanguardia, y, por otro, una concepción que fue enfatizando en forma creciente las carencias al nivel de las definiciones democráticas. Esta fue, entre otras, la postura del propio Altamirano.

Ya en su mensaje a los socialistas chilenos, en junio de 1977, Altamirano se refiere a la evolución social y política de Chile en términos de "una de las democracias liberales más avanzadas del mundo"<sup>12</sup>. Un año más tarde, en el así llamado Congreso de "Argel" (que, en realidad, se realizó en Berlín Oriental), ya más próximo a una perspectiva gramsciana, Altamirano se refiere a la "acusada subestimación" —por parte de la izquierda— "del papel decisivo que juegan los factores superestructurales en un proceso transformador"<sup>13</sup>.

No obstante, esta discusión aún se da en el contexto del "marxismo-leninismo". Fue la división de 1979 la que definió las cosas en un sentido diverso, tanto para Altamirano como para el sector que, desde dentro y fuera del Partido Socialista, comenzaba a abrazar la causa de la "renovación" socialista. Dicho sector, tanto en el interior como en el exilio, estimó del caso explicitar aún con mayor claridad su posición de marcada y creciente convergencia en torno a una concepción socialista democrática propiamente tal.

Es así como, en un documento de 1980, Altamirano señala: "Ha sido una lección, derivada de nuestra experiencia reciente, haber menospreciado las conquistas democráticas alcanzadas por nuestro pueblo y desconsiderar algunos logros evidentes de la democracia liberal, que el socialismo no elimina, sino, por el contrario, profundiza"<sup>14</sup>. Esto marcaría la pauta de un importante replanteamiento teórico y político por parte de Altamirano, expresivo del fenómeno más global que hemos señalado.

<sup>11</sup> Sobre este proceso de división se puede consultar: Furci (1984); Pollack y Rosenkranz (1986), 186 y siguientes, y el "Dossier" sobre "La Crisis en el Socialismo Chileno", publicado en *Chile-América* (54-55, junio-julio de 1979).

<sup>12</sup> Altamirano (1977), 14.

<sup>13</sup> Altamirano (1978), 8.

<sup>14</sup> Carlos Altamirano, citado por Andrés Benavente, "Panorama de la Izquierda Chilena, 1973-1984", en *Estudios Públicos* (18, otoño de 1985).

Según Altamirano, el gran error histórico de la izquierda socialista habría consistido en no haber entendido la “especificidad” de Chile, en torno a su “evolución política y social”<sup>15</sup>. Dicha especificidad estaría dada por un sistema democrático avanzado, que se remonta a los albores de la República, a partir de la constitución de un Estado de Derecho y de unas instituciones republicanas que desde muy temprano consideraron la sujeción del poder militar al poder civil. Tal fue, añade Altamirano, el aporte de Diego Portales. En ese sentido puede decirse que “Allende es la continuación histórica de Portales y Pinochet su negación”.

Este desencuentro histórico entre socialismo y democracia, continúa Altamirano, se habría debido a que, al menos hasta la década del cincuenta, “el socialismo chileno no se preocupó ni teorizó sobre la cuestión de la democracia”, manteniendo respecto de ella una permanente “ambigüedad”. Las influencias anarquistas, trotskistas y populistas, entre otras, habrían contribuido a este fenómeno. La situación se habría hecho aún más crítica desde la década del cincuenta. El proceso de “marxistización”, “leninización” y “cubanización”, característico de dicho período, habría contribuido a alejar aún más al socialismo de la democracia. Y “en eso —añade Altamirano— estábamos todos. No había dos opciones dentro del socialismo. Nosotros —concluye el dirigente socialista— tendríamos que haber dado un mayor valor a esta democracia”.

Hemos querido detenernos brevemente en el pensamiento de Altamirano por ser, tal vez, uno de los casos más expresivos de la radicalidad que va asumiendo este proceso de progresivo alejamiento de las tesis leninistas y de reafirmación democrática, característicos de la izquierda renovada.

Esta última, desde diversas esferas, de dentro y fuera del Partido Socialista, va asumiendo una nueva perspectiva en torno a la cuestión de la democracia. Ello implica, según distintas expresiones vertidas por personas y grupos al interior del proceso de “renovación”, asumir la democracia “como un ideal y como una experiencia, la mejor de nuestra historia nacional” (Grupo por la Convergencia Socialista); como “una conquista del hombre, una resultante del progreso de la humanidad y, por ende, irreversible e intransable” (Luis Jerez); como “un valor permanente no sólo como sistema político, sino también como valores y prácticas que desarrollan la vocación libertaria e igualitaria de nuestro pueblo” (Raúl Ampuero y otros); como “valor en sí” (Grupo por la Convergencia Socialista y otros); como “pluralismo... y democratización de la sociedad en un sentido amplio” (Encuentro de Chantilly); como “reconocimiento efectivo de los valores que se descubren en ella” (Jorge Molina); “no como un simple medio, no con un carácter instrumental, sino como un valor en sí mismo, donde se dan gérmenes en potencia para desarrollar procesos de socialización” (Jorge Arrate); como “un tipo particular de régimen político caracterizado por la

<sup>15</sup> Carlos Altamirano (entrevista personal, 5, 6 y 7 de agosto de 1984). Las citas que siguen a continuación son tomadas de esta entrevista.

elección de gobernantes por voto universal, Estado de Derecho, libertades públicas garantizadas, separación de poderes del Estado, alternancia en el poder político, sistema de representación en que gobiernan las mayorías y se respeta a las minorías, pluralismo ideológico-político" (Manuel Antonio Garretón); como "espacio y límite de la acción política" (Jorge Arrate); "más como esperanza que como problema" (Norbert Lechner); como "método indispensable en la transformación deliberada, colectiva y pública de nuestras sociedades" (Norbert Lechner), entre tantos otros ejemplos que podríamos citar.

Tal vez la mayor parte de los elementos contenidos en esta reflexión de verdadero replanteamiento sobre el tema de la democracia estén resumidos en un documento de un importante grupo de "intelectuales y profesionales" de distintos partidos de la izquierda chilena, representativos de este fenómeno de la "renovación". En dicho documento, este grupo de personas se refiere al tema de la renovación socialista en términos de una "triple ruptura". Junto con una ruptura con la "tradicción ideologizante" de la izquierda chilena, y con aquella política que pone el acento "en su propio mundo" —el de la izquierda—"y no en la nación", dicho documento plantea que la principal ruptura es "con la ambigüedad respecto de la democracia política, a la que se adhirió, en la que participó, pero a la que se dotaba de un valor casi puramente instrumental". Concluye dicho documento en lo siguiente: "Creemos que el socialismo no tiene otro modelo político para nuestro país que la democracia, y que la lucha por ella y su conservación es un objetivo propiamente socialista. Somos, en consecuencia, partidarios de la democracia política y lo que ella conlleva: el Estado de Derecho, el pluralismo político, la alternancia en el poder, las libertades públicas, el respeto de mayorías y minorías"<sup>16</sup>.

Esta es, pues, la característica principal del proceso de renovación socialista: su revalorización de la democracia, a partir del impacto traumático de la dictadura militar instalada en el poder desde septiembre de 1973.

## EL EXILIO Y LA CONEXION EUROPEA

Otro factor que jugó en favor de esta línea de reafirmación democrática fue el socialismo europeo, el que aparece como la principal influencia externa en este proceso de renovación.

A decir verdad, hasta 1973 el socialismo chileno jamás había prestado mayor atención al socialismo europeo, como no fuese para denunciar su carácter meramente "socialdemócrata" (en un sentido claramente peyorativo). Las influencias externas fueron otras y siempre muy decisivas.

En su primera fase, la principal influencia externa en el socialismo chileno fue aquella del populismo latinoamericano y, desde la década del cincuenta, lo fue la revolución cubana. Ambas influencias, sin

<sup>16</sup> Carta de un grupo de "intelectuales y profesionales" a Carlos Briones, secretario general del PS (1984-1986), de 12 de junio de 1986 (mimeo).

embargo, por sus propias características, contribuyeron a impedir el surgimiento de una concepción democrática de mayor consistencia al interior del Partido Socialista.

En el primer caso, porque en el populismo mismo hay, por definición, una ambigüedad en torno a la cuestión de la democracia: lo que interesa es la incorporación de las masas (generalmente bajo la fórmula de una alianza entre sectores medios y populares), en el marco de unas reformas antioligárquicas, sin importar mayormente si dichas reformas son realizadas bajo un régimen político autoritario (como Getulio Vargas, en Brasil, o Juan Domingo Perón, en Argentina) o democrático (como podría ser el caso de "Acción Democrática" en Venezuela o el APRA en el Perú). Hay, pues, por definición, una tensión no resuelta entre populismo y democracia. Esta fue también la realidad del Partido Socialista de Chile, al menos hasta la década del cincuenta.

A partir de esta última fecha, la influencia externa más importante en el PSCH fue la de la revolución cubana. Esta habría demostrado que era posible "saltarse" la etapa de la revolución "democrático-burguesa" y avanzar derechamente a la etapa de la revolución "socialista". Pero, más importante aún, habría demostrado la existencia de una alternativa real, y más efectiva, a aquella constituida por la "vía electoral". De allí para adelante, la historia es conocida: en el Congreso de Chillán (1967) el PSCH optó por el "marxismo-leninismo" y la "vía armada", y en el Congreso de La Serena (1971), un nuevo elemento militarista (el Ejército de Liberación Nacional) pasó a ocupar un poder desequilibrante en el Comité Central del partido<sup>17</sup>.

Ambas influencias, tanto la del populismo latinoamericano como la de la revolución cubana, habrían conspirado contra el surgimiento, al interior de dicho partido, de una concepción democrática de mayor consistencia.

La situación producida a partir de 1973 es completamente distinta. El socialismo europeo se constituye en la principal influencia externa, operando en una línea de reafirmación democrática. En este caso, y a diferencia de los anteriores, el exilio de la dirigencia socialista (especialmente el que tiene lugar en suelo europeo) la hace experimentar en el terreno mismo la doble realidad de las raíces democráticas del socialismo de la Europa Occidental, y las raíces autoritarias del socialismo de la Europa del Este. Dicho contraste, en el contexto del autoritarismo chileno, resultará decisivo para el proceso señalado.

Resulta especialmente significativo el momento en el que tiene lugar el exilio de la izquierda chilena. Este coincide con un gran debate, especialmente significativo en el caso del socialismo europeo, en torno a la cuestión de las relaciones entre socialismo y democracia y lo que se conoce como la "crisis del marxismo". En efecto, el exilio de la izquierda socialista coincide con un triple proceso al interior de la izquierda europea: el surgimiento del "eurocomunismo", especialmente referido a Berlinguer y el Partido Comunista Italiano (PCI); la crisis de

<sup>17</sup> Ver Walker (1986), *op. cit.*, pp. 62-84.

los “socialismos reales”, que alcanzara su momento más crítico en los eventos de Polonia en 1979-81, y el advenimiento al poder de gobiernos socialistas de nuevo cuño, algunos de los cuales venían de transitar por la amarga experiencia del autoritarismo (España, Portugal y Grecia). Como anota Flisflisch, “si el exilio de la izquierda chilena hubiese tenido lugar, por ejemplo, en 1968 —como fue en su momento el caso del exilio de la izquierda brasileña— tal vez otra habría sido la historia”<sup>18</sup>.

Uno de los aspectos del socialismo de la Europa Occidental que llamó poderosamente la atención al interior de la izquierda renovada es su tradición democrática. En el caso del socialismo europeo, dicha tradición se ve fuertemente reforzada por la traumática experiencia de dictaduras de distinto signo: el nazismo, el fascismo y el colaboracionismo, durante la Segunda Guerra Mundial, en los casos de Alemania, Italia y Francia, respectivamente, y los autoritarismos de más reciente desenlace en España, Portugal y Grecia. De esta manera, pues, el socialismo democrático de la Europa Occidental es, por su propia experiencia, postautoritario. Este elemento, junto a la denuncia de los rasgos autoritarios de los “socialismos reales”, se constituye en un nuevo principio de identificación entre la izquierda europea y el proceso de renovación al interior de la izquierda chilena.

Los dirigentes de la izquierda chilena se distribuyeron por distintos puntos de Europa del norte, sur, este y oeste. Pero, sin duda alguna, el núcleo más importante —por ser el primero en constituirse y en “engancharse” con el socialismo europeo— fue el que se formó en Roma. Este grupo, formado entre otros por Jorge Arrate, Raúl Ampuero, Homero Julio, José Antonio Vieragallo, Julio Silva Solar y José Miguel Insulza, se forma en pleno período del “eurocomunismo”, estrecha lazos con el PCI y Berlinguer, y se nutre principalmente del pensamiento de Antonio Gramsci. Algunos de ellos, en colaboración con demócratacristianos del exilio, fundan la revista “Chile-América”, la que se constituye en una de las principales tribunas del proceso de renovación socialista.

A decir verdad, la influencia entre el socialismo chileno y el comunismo italiano fue recíproca. El fracaso de la “vía chilena al socialismo” influyó decisivamente en la proposición, por parte de Berlinguer, en Italia, de un nuevo “compromiso histórico” entre fuerzas progresistas y democráticas<sup>19</sup>. A su vez, la evolución del PCI, su impulso al fenómeno del “eurocomunismo” y su crítica de los “socialismos reales” ejerció gran influencia en la izquierda chilena en el exilio.

“Roma —señala Jorge Arrate— es lo que más me marca; es el gran impacto en nosotros, tal como antes lo fuera la revolución cubana y, más tarde, el gobierno de Allende y la Unidad Popular”<sup>20</sup>. En esos años (1974-1975) —añade el dirigente socialista— “puede decirse que cambié mi visión política”. Agrega que, junto a los aspectos característicos del

<sup>18</sup> Angel Flisflisch (entrevista personal, 28 de noviembre de 1986). Ver también, en el mismo sentido anterior, entrevista a Flisflisch en revista *Cosas* (3 de mayo de 1984), 17.

<sup>19</sup> Sobre este punto se puede ver Berlinguer (1973).

<sup>20</sup> Jorge Arrate (entrevista personal, 29 de septiembre de 1987).

comunismo italiano, le llamó la atención la crítica dirigida a los “socialismos reales”.

“Empecé a leer a Gramsci en Roma y terminé en Berlín”, señala Arrate, aludiendo al hecho de pasar desde la lectura de un “anti Lenin”, como considera que es Gramsci, a un “país leninizado”, como considera que es Alemania Oriental.

Otras expresiones similares encontramos en diversos dirigentes de la renovación socialista. Así, por ejemplo, José Antonio Vieragallo señala que “la influencia decisiva es el PCI”<sup>21</sup>. Algunos años después, sobre el mismo punto anterior, Tomás Moulián dirá que “sin el eurocomunismo o, más en general, sin el aporte del ‘marxismo italiano’, nuestra reflexión quizás hubiese seguido otros caminos”<sup>22</sup>. Finalmente, corroborando lo anterior, Alejandro Rojas, ex dirigente comunista, identificado con las ideas de la renovación socialista, señala que “la más significativa influencia de la Europa Occidental en la crisis de la izquierda chilena ha sido la del marxismo italiano”<sup>23</sup>.

Pero, más que el caso de Italia en particular, lo que interesa hacer resaltar es que, desde distintos países y experiencias vividas por un sector importante de la izquierda chilena en el exilio, lo que se va descubriendo son las raíces democráticas del socialismo de la Europa Occidental en su conjunto.

Ya hacia 1978 Altamirano se lamenta de que en el desarrollo histórico del socialismo chileno haya existido “un enfoque provinciano y esquemático de la realidad internacional, lo que nos llevó —entre otras cosas— a subestimar cualquier tipo de relación con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos”<sup>24</sup>. Algunos años más tarde, tras su experiencia en el exilio europeo, Erich Schnake, miembro del comité central del PS, reconoce que “en el pasado, para nosotros, el socialismo europeo era el gran administrador del capitalismo”. Añade que esta visión ha cambiado, sin que ello signifique la adopción del modelo socialdemócrata europeo. En todo caso, más que uno u otro suceso en particular, lo que sí existe es una “influencia global de la sociedad europea que apunta en la dirección de la democracia, especialmente en el período de la postguerra”. Contrasta esta visión, concluye el dirigente socialista, con la que se tiene respecto de los “socialismos reales”<sup>25</sup>.

Este tipo de testimonios de algunos de los más altos dirigentes socialistas en el exilio da cuenta de un fenómeno de verdadero “descubrimiento” del socialismo de la Europa Occidental, en el que destaca su claro contenido democrático. Sin llegar a constituir un “modelo” a seguir, el socialismo europeo influye decisivamente en el proceso de renovación de la izquierda chilena, en una dirección de reafirmación democrática.

<sup>21</sup> José Antonio Vieragallo (entrevista personal, 12 de diciembre de 1986).

<sup>22</sup> Moulián (1982a), 17.

<sup>23</sup> Rojas (1984), 464.

<sup>24</sup> Altamirano (1978), 47, *op. cit.*, 47. Dos años más tarde, en el así llamado “24 Congreso”, celebrado en París, Altamirano llama a “reforzar nuestros vínculos con los partidos socialistas y socialdemócratas europeos” (Carlos Altamirano, en Pollack y Rosenkranz, *op. cit.*, 197).

<sup>25</sup> Erich Schnake (entrevista personal, 10 de noviembre de 1987).

Según Ricardo Núñez, exiliado en Berlín Oriental y luego en España, secretario general del PS a partir de 1986, de lo que se trata es de tomar la experiencia del socialismo europeo y hacerla compatible con la realidad chilena y sus propias especificidades: "Tenemos que ser capaces de crear un socialismo con lo mejor que ha logrado el socialismo europeo y lo mejor que es posible lograr del socialismo anhelado en la realidad de Chile"<sup>26</sup>.

Junto a esta visión positiva del socialismo de la Europa Occidental, los dirigentes socialistas en el exilio desarrollan una visión cada vez más crítica de las experiencias del comunismo del este.

Así como Roma, el PCI y el "eurocomunismo" constituyeron la clave y el punto de partida para una mejor comprensión del socialismo de la Europa Occidental en su conjunto, Polonia, Walesa y el movimiento "Solidaridad" sirvieron para adquirir una conciencia más cabal acerca de los rasgos autoritarios del mundo de los "socialismos reales". "Algo pasa en el socialismo europeo —diría algunos años más tarde Ricardo Lagos, dirigente socialista— si después de 25 años se produce el fenómeno Walesa. Algo que indica que no se marcha bien"<sup>27</sup>.

Las reacciones frente a los eventos en Polonia, en 1979-81, con la represión de "Solidaridad" y la imposición de la ley marcial, no se hicieron esperar entre los socialistas chilenos en el exilio. Así, por ejemplo, uno de los núcleos más dinámicos en el proceso de renovación socialista (el núcleo de exiliados en México) emitió una declaración condenando "al régimen minoritario de verticalidad autoritaria, que pretende gobernar en nombre del socialismo". Manifiesta su "solidaridad y apoyo al pueblo polaco y a sus organizaciones representativas, en una hora en que sufren aguda persecución"<sup>28</sup>. Firman dicha declaración, entre otros, Armando Arancibia, Alvaro Briones y Marcelo Schilling, todos los cuales pasarán a formar parte del comité central del PS algunos años después.

Una condena similar emitió el núcleo de exiliados en Europa. Este último expresó, ante "la declaración del estado de guerra interna en Polonia y las violaciones masivas y sistemáticas de los derechos humanos que tienen lugar allí, nuestra absoluta e incondicional solidaridad con los trabajadores y el pueblo de ese país. Precisamente nosotros como chilenos, por haber vivido la interrupción de un proceso democrático, comprendemos en toda su magnitud la tragedia que hoy aflige a la mayoría del pueblo polaco, expresado en el movimiento 'Solidaridad'"<sup>29</sup>. Firman dicha declaración, entre otros, los dirigentes socialistas

<sup>26</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Cosas* (12 de junio de 1986).

<sup>27</sup> Ricardo Lagos, entrevista en revista *Qué Pasa* (27 de marzo al 2 de abril de 1986).

<sup>28</sup> "Declaración de Solidaridad" con Polonia del núcleo de chilenos exiliados en México, en *Convergencia* (5-6 noviembre de 1981, enero de 1982), 29. Aparte del núcleo europeo, el grupo de exiliados en México fue uno de los más activos en el proceso de renovación socialista. Uno de sus integrantes, Marcelo Schilling, escribe que el "modelo social" de Polonia, hecho "a imagen y semejanza del soviético, no es más la meta de la revolución socialista" (*ibid.*, 28).

<sup>29</sup> "Declaración sobre Polonia", de diciembre de 1981, de los chilenos exiliados en Europa en *Chile-América* (76-77, enero-febrero-marzo 1982), 7. Es interesante señalar que numerosos dirigentes socialistas chilenos de nivel intermedio (algunos de ellos dirigentes sindicales) se encontraban en Polonia y asumieron las demandas de "Solidaridad" como propias. Algunos de ellos fueron expulsados de Polonia, siendo recibidos en Suecia.

Jorge Arrate, José Antonio Vieragallo, Luis Jerez, Waldo Fortín y Carlos Ominami.

Por otro lado, la experiencia directa de la dirigencia socialista instalada en Berlín Oriental (donde estuvo la dirección partidaria desde el golpe militar y hasta la división de 1979), sirvió también para alertarla acerca de los rasgos autoritarios del comunismo del este y los límites impuestos a las posibilidades de un socialismo autónomo por cierto dudoso concepto de "solidaridad internacional". Numerosos dirigentes socialistas entrevistados, junto con destacar que dicho país los recibió sin condiciones y, por el contrario, con gran generosidad, aluden, sin embargo, a la existencia de numerosas situaciones que comenzaron a limitar su autonomía política e ideológica.

Entre dichas situaciones, se mencionan las siguientes: adoctrinamiento en las "escuelas de cuadros", según los cánones del marxismo-leninismo; presencia militarista de contingentes como los "Elenos" (Ejército de Liberación Nacional), cuyo núcleo central permanece en Berlín; "vigilancia policial" de los organismos de seguridad de Berlín Oriental; exigencias de ciertas "lealtades" internacionales (como quedaría demostrado por la ulterior reacción más bien favorable del Partido Socialista-Almeyda frente a los acontecimientos en Polonia), entre otras situaciones<sup>30</sup>.

Todos estos elementos fueron sumándose hasta llegar a ser decisivos en el quiebre del partido en 1979. Los acontecimientos de Polonia, casi en el mismo período, no hicieron sino confirmar una de las características principales del proceso de renovación socialista: el progresivo alejamiento no sólo de las tesis leninistas, sino del tipo de experiencias de la Europa del Este. Este sería un elemento decisivo en el proceso de "convergencia socialista" que siguiera a la división de 1979. Todos los grupos que formaron parte de dicho proceso (socialistas "históricos" y de "origen cristiano"; socialistas del interior y del exilio; socialistas de origen radical, comunista y mirista, entre los más destacados) tendrían en común un rechazo a las tendencias autoritarias, burocráticas y antidemocráticas propias de los "socialismos reales".

Así, por ejemplo, las "actas" de un encuentro de la renovación socialista celebrado en la ciudad de Chantilly, Francia, en 1982, hablan derechamente de un rechazo del paradigma del "socialismo real", y añaden lo siguiente: "Las experiencias del llamado socialismo real no han creado los mecanismos de gestión democrática del poder capaces de resolver los conflictos que surgen en una sociedad moderna. Por consiguiente, ellas no constituyen un modelo inspirador para el socialismo chileno"<sup>31</sup>.

De manera que, junto con apreciar las raíces democráticas y el carácter "postautoritario" del socialismo de Europa Occidental, este sector de la izquierda chilena (conocido como "renovado") va adop-

<sup>30</sup> Se hizo célebre una frase que Erich Schnake solía repetir a Clodomiro Almeyda: "Clodomiro, cuando siembras papas, cosechas papas; si formas comunistas, vas a terminar teniendo militantes comunistas y no socialistas" (entrevista personal con Schnake, 10 de noviembre de 1987).

<sup>31</sup> "Actas del Encuentro" celebrado en Chantilly, *op. cit.*, 2 y 3.

tando una visión negativa del comunismo del este, en el que destacan sus rasgos autoritarios y burocráticos. Es así como el conjunto del socialismo europeo, tanto del oeste como del este, el primero en un sentido positivo y el segundo en un sentido negativo, se va constituyendo en la principal influencia externa sobre este significativo sector del socialismo chileno, en una línea de reafirmación democrática.

## EL SENTIDO Y ALCANCE DE LA RENOVACION SOCIALISTA

Como consecuencia natural e inevitable de todo lo anterior, surge la necesidad, desde el interior de este importante sector de la izquierda chilena, de replantearse en profundidad frente a lo que fue el proceso anterior a 1973. El primer paso, dentro de un proceso que habría de ser mucho más complejo, consistió en asumir una postura de autocrítica en relación a la experiencia de la Unidad Popular. Junto con lo anterior, y en el contexto de una suerte de relectura del proceso político anterior a 1973, emerge también la necesidad de rescatar aquellos elementos más marcadamente democráticos que permean tanto la historia de Chile como la del Partido Socialista. Finalmente, interesa también en esta sección revisar algunos de los contenidos esenciales de este proceso de renovación, relacionados con algunos viejos y nuevos temas del socialismo contemporáneo.

Lo primero, pues, consistió en replantearse en profundidad el tema de la Unidad Popular, en una dirección de autocrítica. En relación al "fracaso" de dicha experiencia, señala Gonzalo Martner, miembro del comité central del Partido Socialista, surgen al interior de la izquierda dos explicaciones distintas. Por un lado, hay quienes ponen el acento en las carencias de una estrategia definida en términos de "asalto del poder capaz de resolver el conflicto existente en términos que necesariamente habrían de ser militares". Desde otra perspectiva, en cambio (la renovadora), hay quienes ponen el acento en la "incapacidad de alcanzar una hegemonía en la sociedad y una mayoría política para el proceso de cambios"<sup>32</sup>.

De alguna manera, tal como lo hemos anticipado, el debate sobre este punto se remonta al "Documento de Marzo" de 1974. Mientras la "dirección interior", a través de dicho documento, ponía el acento en las carencias al nivel de la "vanguardia" en una perspectiva leninista, otros comenzaban a apuntar a las carencias al nivel de las definiciones democráticas. Esta sería la perspectiva asumida por la izquierda renovada.

La radicalidad de la autocrítica asumida por esta última implicaba que, más que concentrarse en los factores exógenos al proceso mismo, había que poner el acento en los factores endógenos. En este sentido, anota Moulián, más que hablar de "derrota", lo que supone "una situación de la que se es víctima y no responsable", cabía hablar

<sup>32</sup> Martner (1987).

derechamente de “fracaso”, en el cual “existieron errores discernibles y claras responsabilidades políticas”<sup>33</sup>.

En esta perspectiva, añade Vieragallo, más que “denunciar nuevamente o reconocer errores de izquierda y de derecha en el proceso de la UP, hay que preguntarse por la política misma que las fuerzas de izquierda impulsaron en 1970”<sup>34</sup>. “¿De qué socialismo se trataba? —se pregunta Garretón—. ¿Era tan distinto en nuestras mentes y en nuestras prácticas al socialismo histórico real? Y si lo era, ¿por qué la indignación generalizada de la izquierda frente a los discursos de Allende en que hablaba de un segundo camino al socialismo en democracia y sin dictadura del proletariado?”<sup>35</sup>.

Tal era el tono de las preguntas planteadas y la radicalidad de la autocrítica asumida.

Puede decirse que los intentos de respuesta van en dos direcciones: por un lado, se apunta a la contradicción entre la propia Unidad Popular (con hegemonía “marxista-leninista”) y la “vía allendista” (en “democracia, pluralismo y libertad”). En otro plano, se pone el acento en la incapacidad para concitar un apoyo suficientemente mayoritario.

En el primer caso se señala que, frente a la hegemonía alcanzada al interior de la Unidad Popular por el paradigma “marxista-leninista”, con su referencia a ciertas “leyes generales de la revolución”, la “vía allendista” aparecía como una verdadera “herejía” del todo incompatible con lo anterior. Habría, pues, una contradicción entre el proyecto (allendista) y el actor (la Unidad Popular)<sup>36</sup>.

La segunda explicación, relacionada con la anterior, apunta a la incapacidad para concitar un apoyo mayoritario. Si la opción era verdaderamente por una “vía institucional”, anota Julio Silva Solar, ello requería “naturalmente de una mayoría institucional o, en otros términos, de un frente político y social muy amplio basado en el consenso (ya que no hay cómo imponerlo por la fuerza). La UP tuvo muy escasa conciencia de la necesidad de esta mayoría institucional”<sup>37</sup>. En una línea muy similar, un documento de la “convergencia socialista” señala que la crisis que desembocó en la dictadura militar “encontró sus causas fundamentales en la incapacidad de la UP para movilizar a la gran mayoría en torno a un proceso de profundización democrática con sello socialista”<sup>38</sup>.

Estas serían, pues, desde la perspectiva del socialismo “renovado”, algunas de las causas del “fracaso” de la Unidad Popular. De esta manera, las insuficiencias del proceso dirían relación no tanto con el

<sup>33</sup> Moulián (1982a), 657.

<sup>34</sup> Vieragallo (1979), 50-51.

<sup>35</sup> Manuel Antonio Garretón, “¿En qué consistió la Renovación Socialista?”, *op. cit.*, 23.

<sup>36</sup> Sobre este punto ver, entre otros, Jorge Arrate, “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, *op. cit.*, 59; del mismo autor, “Rescate y Renovación; la Tarea de los Socialistas”, en *Ceval*, *op. cit.*, 230; Moulián (1983), 25 y siguientes, y Jaime Gazmuri, “Una Nueva Síntesis del Socialismo Chileno”, en *Ceval*, *op. cit.*, 269.

<sup>37</sup> Silva Solar (1977), 37-38. Para conformar una mayoría como ésa, añade Silva Solar, se hacía necesario un entendimiento con la democracia cristiana y las clases medias.

<sup>38</sup> “Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta”, en *Chile-América* (66-67, octubre-diciembre de 1980), 81.

elemento militar o las carencias al nivel de la “vanguardia” —perspectiva que apunta a la “derrota” del proceso— como con las contradicciones y carencias (especialmente la de un apoyo mayoritario) al interior de la propia izquierda.

Hacia el futuro, la radicalidad de la autocrítica asumida plantea serias interrogantes acerca de la posibilidad de volver a revivir el instrumento utilizado en el pasado: la Unidad Popular. Esta pareciera ser, al menos, la opinión predominante al interior de la izquierda renovada. “Sería un grave error —señala Flisflisch— aspirar a una nueva Unidad Popular... Recrear la UP sería recrear un gobierno de minoría, lo cual sería un descalabro”<sup>39</sup>. Más tajante aún es la opinión del secretario general del PS, Ricardo Núñez: “La Unidad Popular está muerta, pero no suficientemente enterrada. Hay que enterrarla, ya que no es capaz hoy de dar respuestas a las actuales demandas del país”<sup>40</sup>.

Junto a esta autocrítica radical sobre el pasado más reciente de la izquierda chilena, y desde una perspectiva más positiva, emerge una verdadera relectura histórica del proceso político chileno. Dicha relectura aspira a “rescatar” los elementos democráticos existentes, tanto en la historia chilena en general, como en la historia socialista en particular. Dichos elementos se habrían visto desdibujados por la hegemonía alcanzada al interior de la izquierda por el “marxismo-leninismo”.

En el caso del proceso político chileno, tal como lo hemos señalado, la izquierda en general (tal vez con la excepción de Allende) habría sido incapaz de detenerse en la “especificidad” de Chile desde el punto de vista de un prematuro y avanzado proceso de democratización. “Nos caracterizábamos —señala Altamirano— por la complejidad de nuestras tradiciones institucionales y por un universo cultural e ideológico diversificado más similar, reconociendo las diferencias, al de ciertas sociedades europeas que de otros países latinoamericanos”<sup>41</sup>.

En el caso de la izquierda propiamente tal, especialmente en el período anterior a 1973, señala un documento partidario de 1985, el Partido Socialista se habría visto atrapado entre el “guerrillerismo” del MIR y la “ortodoxia” del Partido Comunista, desdibujando los rasgos más específicos del socialismo chileno<sup>42</sup>. En este sentido, la renovación socialista procura “rescatar” aquellos elementos de su propia historia de claro contenido democrático. Entre ellos destacan el aporte intelectual de Eugenio González y los contenidos más esenciales de la propia “vía allendista” al socialismo, en “democracia, pluralismo y libertad”<sup>43</sup>.

El proceso de renovación socialista, pues, no parte de la nada. Junto a una autocrítica radical rescata de la historia de Chile, en general, y del socialismo chileno, en particular, aquellos elementos de claro contenido democrático.

<sup>39</sup> Angel Flisflisch, entrevista en revista *Cosas* (3 de mayo de 1984), 17.

<sup>40</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Apsi* (126, septiembre-octubre de 1983), 4.

<sup>41</sup> Altamirano (1977), *op. cit.*, 11.

<sup>42</sup> Partido Socialista de Chile (Núñez) (1985), 3.

<sup>43</sup> Sobre este punto se puede ver: “Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta”, *op. cit.*, 75; Jorge Arrate, “La Fuerza Democrática de la Idea Socialista”, *op. cit.* 85, y Viergallo (1982), 8.

Este es un primer elemento de lo que hemos denominado el "sentido y alcance" de la renovación socialista. Dicho elemento, a su vez, se relaciona con lo que hemos definido como el contenido básico de dicho proceso: la revalorización de la democracia y la crítica (y verdadera denuncia) de toda forma de autoritarismo, incluyendo en esta última categoría a los llamados "socialismos reales".

Un segundo aspecto que interesa enfatizar en esta sección es el que dice relación con las "formas de hacer" política y la crisis "de la" política (especialmente de una cierta política de tipo socialista). En este sentido puede decirse que el proceso de renovación socialista apunta no sólo a la "refundación del socialismo", sino a la "refundación de la política" misma.

Tal vez el aspecto más significativo de este proceso, en relación al tema de las "formas" de hacer política, sea el intento de abandonar una determinada concepción dogmática referida a ciertas "certezas" que se postulan como verdades absolutas. El desmoronamiento de dichas verdades en la política chilena de los últimos veinte años, en el contexto aún más global de la "crisis del marxismo", conduce a un replanteamiento radical de una cierta forma de hacer política de tipo dogmático.

Así, por ejemplo, Ricardo Núñez señala que el proceso de renovación consiste básicamente en entender que "las ideas del socialismo no son inmutables, sino que están en permanente contradicción"<sup>44</sup>. En una línea similar, José Antonio Vieragallo, a su vuelta del exilio, señala moverse "mucho más en el campo de las hipótesis que en el de las certezas o afirmaciones dogmáticas"<sup>45</sup>. Por su parte, Jorge Arrate, también a su vuelta del exilio, señala que regresa a Chile "con menos certezas que las que creía tener hace catorce años"<sup>46</sup>.

Estas afirmaciones, provenientes de tres altos dirigentes socialistas, son expresivas del fenómeno al que aludimos.

Surge pues, la necesidad de una forma más tentativa de hacer política, en la que el socialismo aparece más como proceso que como "fin último" o "verdad revelada". En la base de dicho planteamiento, y de la experiencia del conjunto de esta "nueva izquierda", está el desmoronamiento de aquellos modelos que algún día representaron un camino preestablecido, obediente a ciertas "leyes históricas" de algún modo contenidas en los cánones tradicionales del "marxismo-leninismo".

El mundo de los "socialismos reales" habría sido la expresión concreta de dicho modelo. Sin embargo, señala el dirigente socialista Carlos Ominami, "más de medio siglo de historia real ha hecho perder al socialismo su capacidad de evocar el paraíso en la tierra. Al perder su virginidad, el socialismo ha dejado de ser algo evidente. No nos cabe sino vivir el *socialismo como problema*. Este es el sentido profundo del proceso de *renovación socialista*" (lo destacado es del mismo autor)<sup>47</sup>.

<sup>44</sup> Ricardo Núñez, entrevista en *El Mercurio* (5 de octubre de 1986).

<sup>45</sup> José Antonio Vieragallo, entrevista en *La Segunda* (17 de julio de 1986).

<sup>46</sup> Jorge Arrate, discurso pronunciado ante un grupo de amigos, a su vuelta del exilio, aparecido en revista *Apsi* (12 al 18 de octubre de 1987), 23.

<sup>47</sup> Ominami (1986), 22.

En esta nueva perspectiva, señala Ominami, hay que oponer a la noción de "modelo socialista" la de "práctica socialista"; una práctica que considera al socialismo como "punto de partida" más que como "punto de llegada".

Eugenio Tironi, por su parte, uno de los principales intelectuales detrás del proceso de renovación socialista, constata que uno de los problemas que aquejan a la izquierda socialista es, precisamente, la ausencia de un "punto de partida". El recurso a los "clásicos" ya estaría agotado y los "modelos" hasta ahora considerados por la izquierda habrían perdido toda vigencia. En estas condiciones, señala Tironi, surge la necesidad, por parte de la izquierda, de asumir sus propias carencias: "Sentimos cada vez más el frío —y otros la vergüenza— de la desnudez. Carecemos de ese cuerpo teórico y de esas convicciones inmovibles, protectoras, fundantes"<sup>48</sup>.

Este elemento de alejamiento de las formas dogmáticas, y de búsqueda de nuevas formas de hacer política desde la propia perspectiva socialista, se constituye en un punto central al interior de este proceso de renovación.

Más explícita aún, y más radical (por lo mismo que más controvertida al interior de este mismo proceso), es la opinión de José Joaquín Brunner, quien caracteriza al socialismo renovado derechamente como "no tradicional", "posrevolucionario", y "posutópico". "Se es socialista —señala Brunner— pero no de una manera dramática. El socialismo como *pathos* revolucionario y como imaginación utópica debe ceder ante las exigencias relativamente opacas de la democracia, con su carga de incertidumbre, su juego de inestabilidades, sus cambiantes climas políticos y de opinión". En esta nueva perspectiva (que surge de la "radical toma de partido en favor de la democracia"), Brunner concluye que sólo cabe hablar de un "socialismo secularizado"<sup>49</sup>.

Hasta ahora hemos visto algunos de los elementos centrales del proceso de renovación socialista: asumir la democracia como propia (como "espacio y límite" de la acción política), junto con una crítica a toda forma de autoritarismo (incluido el de los "socialismos reales"), al interior de una nueva concepción de la política; una política que, por ser democrática, es más tentativa, que rechaza toda forma dogmática o "verdad revelada" y que postula el socialismo más como proceso que como finalidad; como "punto de partida" más que como "punto de llegada"; como hipótesis más que como certeza; como problema más que como dogma.

Frente a un proceso como el señalado, la reacción de las expresiones más ortodoxas del socialismo chileno no se hizo esperar. La principal de ellas provino del Partido Socialista-Almeyda, de definición "marxista-leninista". Ya en 1981 Clodomiro Almeyda se había referido al proceso de renovación socialista en los términos siguientes: "En algunos partidos se advierten tendencias de derecha que se manifiestan

<sup>48</sup> Tironi (1981).

<sup>49</sup> José Joaquín Brunner (1986), 44.

en una crítica negativa; de obsolescencia del marxismo y de conceptos como el de lucha de clases y el carácter de clase de un Estado, en una visión negativa del movimiento popular y en una subestimación del papel de la clase obrera". Añade que la "convergencia socialista" altera "el contenido esencialmente clasista y revolucionario de nuestro propio proyecto socialista"<sup>50</sup>.

Tres años más tarde, cuando ya el proceso de renovación se encontraba más decantado, Almeyda señala que entre sus integrantes "se ha producido un proceso de involución ideológica, una influencia de la llamada 'cultura política del reflujo'... una regresión ideológica, una especie de pérdida de fe en la utopía socialista"<sup>51</sup>.

Las citas anteriores muestran el verdadero abismo ideológico que va separando al socialismo "renovado" del socialismo más ortodoxo, representado en este caso por el Partido Socialista-Almeyda.

Un tercer aspecto, que cabe abordar en esta sección, dice relación con las definiciones, explícitas o implícitas, que el proceso de renovación va adoptando en relación a algunos viejos temas del socialismo contemporáneo. Concretamente, la pregunta que nos hacemos es: ¿Significa el proceso de renovación socialista el abandono del "marxismo" y del "leninismo", el rechazo del concepto de "revolución" y la adopción de un modelo "socialdemócrata"?

Partamos por lo que, tal vez, resulta más obvio a la luz de lo expuesto por los propios actores involucrados en este proceso: la renovación socialista pareciera dar cuenta de un alejamiento definitivo del "leninismo", lo que no conduce necesariamente a la adopción de un modelo "socialdemócrata". Sobre el punto anterior pareciera existir un marcado consenso.

En lo que se refiere al leninismo, no pareciera haber dos opiniones diferentes al interior de la izquierda renovada. Cual más cual menos, todos parecieran ser enfáticos en descartar dicho paradigma. La fórmula del "marxismo-leninismo", en cuanto codificación estaliniana del marxismo, y el "leninismo" mismo, en cuanto a sus contenidos autoritarios, vanguardistas y jacobinos (y como fundamento teórico de las experiencias de los "socialismos reales") son considerados como incompatibles con una auténtica concepción socialista democrática.

El leninismo, señala Moulián, en cuanto "corpus ya establecido de conocimiento, cuya infalible interpretación corresponde al partido... no puede escapar a una determinación autoritario-institucional de la verdad"<sup>52</sup>. Habría, pues, en la lectura leninista del marxismo, y especialmente en su codificación soviética, un elemento autoritario del todo incompatible con la democracia política. De allí provendría la práctica dictatorial de las expresiones históricas del leninismo, rechazadas por esta nueva izquierda. "Nosotros —señala Ricardo Núñez, secretario general del PS— nos hemos alejado, y yo creo que definitivamente, de la dictadura del proletariado"<sup>53</sup>.

<sup>50</sup> Clodomiro Almeyda, en *Chile-América* (78-79, abril-mayo-junio de 1982), 93.

<sup>51</sup> Clodomiro Almeyda, entrevista en *El Mercurio* (13 de mayo de 1984).

<sup>52</sup> Tomás Moulián (1983), 185 y 215.

<sup>53</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Cosas* (12 de junio de 1986).

Lo anterior, sin embargo, no significa la adopción de un modelo "socialdemócrata". Aun cuando este último concepto pierde toda connotación peyorativa y, muy por el contrario, se aprecian en él sus raíces y contenidos democráticos a la luz de la experiencia del socialismo europeo, la opinión mayoritaria al interior de la izquierda renovada pareciera ser la de considerar que dicha experiencia no puede trasplantarse mecánicamente a una realidad tan distinta y específica como la de América Latina, en general, y la chilena, en particular.

Así, por ejemplo, tres de los máximos dirigentes socialistas, ante consultas sobre una posible "socialdemocratización" del socialismo chileno en esta nueva fase de su desarrollo, enfatizan las diferencias que separan a Chile de Europa, y las propias especificidades del socialismo chileno. Carlos Briones, secretario general de PS entre 1984 y 1986, señala que "desde nuestro origen hemos sido distintos a la social democracia y a los comunistas. Somos socialistas revolucionarios, una creación original del pueblo chileno, como decía Allende"<sup>54</sup>. Carlos Altamirano, por su parte, señala no creer "en el trasplante artificial y mecánico del modelo 'socialdemócrata', como de ningún otro modelo a la realidad chilena y continental. La 'social democracia' corresponde a una realidad esencialmente europea"<sup>55</sup>. Finalmente, Jorge Arrate señala compartir con la social democracia la idea de perfeccionar la "democracia liberal", pero añade: "Sin embargo, la propuesta nuestra es distinta: Chile es un país del Tercer Mundo, es un país latinoamericano, es un país que tiene una enorme tradición socialista, muy precisa y muy clara, y esa tradición plantea transformaciones, cambios radicales"<sup>56</sup>.

De esta manera el rechazo del leninismo, y el verdadero "descubrimiento" del valor del socialismo democrático europeo no conducen a la adopción del modelo "socialdemócrata", característico de la realidad del Viejo Continente. Más bien, la tesis que pareciera prevalecer al interior de esta izquierda renovada, similar a la del PCI, es la de una suerte de "tercera vía", distinta de la comunista y la socialdemócrata<sup>57</sup>. Se trata de una alternativa a ambos paradigmas, que considera las especificidades propias del socialismo chileno.

Lo anterior, ¿significa acaso el abandono del concepto de "revolución"? La respuesta a esta pregunta es menos concluyente que la referida al "leninismo" (del que se procura un alejamiento definitivo) y a la "social democracia" (la que no se postula como un modelo a seguir). Por un lado, especialmente al interior de un sector de intelectuales, parecieran advertirse ciertas tensiones entre revolución y democracia, y una reivindicación del método de la reforma como más acorde con las dinámicas de la democracia política. Pero desde la perspectiva de otros sectores, ligados más bien a lo que se denomina el socialismo "histórico", se reivindica un cierto concepto de "revolución".

<sup>54</sup> Carlos Briones, entrevista en revista *Apsi* (130, noviembre de 1983), 16.

<sup>55</sup> Carlos Altamirano, entrevista en revista *Chile-América* (54-55, junio-julio de 1979), 136.

<sup>56</sup> Jorge Arrate, entrevista en revista *Apsi* (10 al 23 de febrero de 1986), 20.

<sup>57</sup> Sobre este punto, ver: Silva Solar (1985), 97, y Ernesto Ottone (1986), 149.

Dos cuestiones, sin embargo, resultan evidentes desde la perspectiva de cualesquiera de estos sectores. En primer lugar, ambos rechazan el concepto clásico (bolchevique) de revolución, en términos de “método de conquista del poder”, y, en segundo lugar, también ambos tienen clara conciencia de que la problemática de la democracia ha desplazado a la problemática de la revolución en el contexto de la América del Sur (especialmente del Cono Sur) en general y de Chile en particular. En esa área los desafíos de la “democratización” parecen haber superado con creces a los de la revolución<sup>58</sup>.

Hechas estas dos aclaraciones, al interior de esta “nueva izquierda”, la opinión pareciera estar dividida en torno a la necesidad o no de atenerse a un concepto como el de revolución. Así, por ejemplo, es evidente que para un grupo no basta con rechazar el paradigma revolucionario clásico o bolchevique. Se hace necesario analizar si el concepto mismo de revolución, cualquiera que éste sea, se aviene o no con las exigencias de la democracia política. La respuesta es negativa y se reivindica, por parte de este sector, el método de la reforma.

Tal vez uno de los intelectuales más representativos de esta opinión (la que, en general, es resistida por los socialistas ligados al tronco “histórico”) sea José Joaquín Brunner. Según éste, “la democracia no es la revolución”. “No permite, en un acto ni en dos, resolver las cuestiones del poder para siempre y fijar irreversiblemente el curso de la historia de acuerdo con sus leyes más profundas”. Muy por el contrario, “la democracia es el arreglo incierto de intereses, es el avance por negociaciones, es el marco de unos consensos cambiantes, es un sistema sujeto a incertidumbre que, por eso mismo, no tolera las conquistas irreversibles, las verdades oficiales, las leyes inmutables de la historia. La democracia, en cambio, hace posible las reformas. Incluso las mayores, las más profundas, las más vastas. No las asegura, sólo las vuelve alcanzables por el juego de las mayorías, por el acuerdo y el conflicto, por la persuasión eficaz”. En este entendido, concluye Brunner, sólo cabe hablar de un socialismo “posrevolucionario”<sup>59</sup>.

Sin embargo, esta idea de descartar la viabilidad o vigencia de la “revolución”, por cualesquiera razones, es sólo una de las concepciones al interior de la izquierda renovada. Otra noción, ligada a los sectores más “históricos” del socialismo chileno, reivindica para el socialismo su carácter revolucionario. Estimamos, sin embargo, que detrás de esta adhesión a la idea de “revolución”, más que un elemento ideológico, está la fuerza de una cultura socialista muy arraigada como la chilena, marcada desde sus orígenes por la idea de “revolución”.

En todo caso, y tal como lo hemos anticipado, dicha noción difiere sustancialmente del modelo clásico o bolchevique. Así, por ejemplo, Ricardo Núñez rescata una concepción de revolución enten-

<sup>58</sup> Este es el tema del artículo de Norbert Lechner, que lleva el muy sugerente título: “De la Revolución a la Democracia. El debate intelectual en América del Sur” (*Opciones* 6, mayo-agosto de 1985). En el mismo sentido anterior, se puede ver Barros (1986).

<sup>59</sup> José Joaquín Brunner (1983), 41. Un opinión similar, que reivindica el concepto de “rupturas pactadas”, en vez de “revolución”, puede encontrarse en Norbert Lechner (1985), 288.

dida como “proceso”, no como “acto”. Se trata, señala el dirigente socialista, de una revolución entendida “como un proceso en continuo desarrollo, en que las capas más desposeídas tienen que ir siendo capaces de ganar el conjunto de la sociedad: ser, por lo tanto, mayoría efectiva y real para ir logrando las transformaciones más profundas”<sup>60</sup>. De una manera similar un documento del Partido Socialista, de junio de 1985, señala que “el socialismo es revolucionario, porque requiere de un cambio fundamental en la hegemonía social, y ello se hará posible sólo cuando las clases subordinadas por el capitalismo tengan la oportunidad histórica de construir un régimen democrático y solidario capaz de expresar la diversidad de intereses de la nación entera”<sup>61</sup>. Finalmente, una opinión similar encontramos en Jorge Arrate, para quien “el socialismo es revolucionario por los fines que persigue y estos fines no son otros que la transformación de la vida social”<sup>62</sup>.

De lo dicho hasta aquí en torno al tema de la “revolución”, tres cosas resultan evidentes: en primer lugar, no existe unanimidad al interior del proceso de renovación socialista sobre la materia. Mientras algunos aluden derechamente al carácter “posrevolucionario” del socialismo que se postula, otros, ligados a lo que hemos denominado el tronco “histórico” del socialismo chileno, reivindican un cierto concepto de revolución. En segundo lugar, existe un parecer unánime en el sentido de que dicho concepto difiere sustancialmente del clásico o bolchevique, y en tercer lugar, existe la misma unanimidad en el sentido de que la problemática de la “democratización” ha desplazado, hoy por hoy, a aquella de la revolución.

Finalmente, ¿se trata acaso de un socialismo “marxista”?

Como ocurre con el tema de la revolución, la pregunta acerca del carácter “marxista” de este nuevo socialismo democrático no es fácil de responder.

Nuevamente los factores históricos y culturales cobran mucha importancia. En efecto, a partir de su Declaración de Principios de 1933 el socialismo chileno adhirió a una concepción no dogmática del marxismo; esto es, a un marxismo “corregido y enriquecido por el avance científico y el devenir social”. Sin embargo, a partir de mediados de la década del sesenta, dicha concepción fue sustituida por una de tipo dogmático, basada en la noción más restringida de “marxismo-leninismo”.

Ya hemos dicho que en el proceso de “renovación” socialista esta última concepción es descartada de plano. Pero, entonces, ¿qué hay de la otra concepción (no dogmática) del marxismo?

Nuevamente la opinión pareciera estar dividida.

Tal vez el punto de partida pudiera ser el contexto intelectual en el que surge el proceso de renovación socialista. Este tiene un nombre muy preciso: se trata de la “crisis del marxismo”. Esta crisis, señala Eugenio Tironi, consiste en la “pulverización de un marxismo entendido como doctrina y/o ciencia única, cerrada, con ‘auténticos’ y

<sup>60</sup> Ricardo Núñez, entrevista en revista *Apsi* (126, septiembre-octubre de 1983).

<sup>61</sup> Partido Socialista de Chile (Núñez) (1985), *op. cit.*, 2.

<sup>62</sup> Jorge Arrate, entrevista en revista *Apsi* (10 al 23 de febrero de 1986).

'falsificadores', 'consecuentes' y 'reversionistas' ”<sup>63</sup>. En este contexto, la “crisis del marxismo” diría relación no tanto con su “obsolescencia” como con la idea de que no existe un marxismo “único”. En las palabras de Moulián, la “crisis del marxismo” alude al “estallido de la ortodoxia”; un “estallido” que se remonta a los movimientos sociales de 1968 y al fenómeno del “eurocomunismo”<sup>64</sup>.

El proceso de “renovación” socialista surge, pues, en el contexto de la “crisis del marxismo”, y esto es lo que lo marca desde sus inicios. Dicha crisis no hace sino confirmar el rechazo a una visión dogmática del marxismo. De esta manera, así como se rechaza el concepto de revolución en su acepción clásica o bolchevique, así también se rechaza una visión dogmática del marxismo.

Pero, entonces, ¿a qué marxismo se adhiere, si es que se adhiere a marxismo alguno? Respecto de este punto la complejidad del tema aumenta. Por un lado, pareciera existir conciencia (y consenso) acerca de las “insuficiencias” del propio marxismo, más allá del problema del dogmatismo. Pero, por otro lado, se advierte una cierta reticencia a tirar el marxismo “por la borda”. Una vez más, la justificación pareciera residir en razones de cultura política más que de tipo ideológico.

Así, por ejemplo, para Alejandro Rojas existe en el marxismo un marcado “economicismo” y un “reduccionismo de clases”, dimensiones que le impiden atender adecuadamente a cuestiones como aquellas relativas a las “formas políticas” (y muy en especial a la “democracia política”), así como a otros fenómenos más contemporáneos, como el tema de la ecología y las armas nucleares. De esta manera, señala Rojas, en términos bastante concluyentes, “a un siglo de su muerte el legado teórico de Marx requiere de ser trascendido, producto de sus insuficiencias (sin que sea necesario excluir muchos de sus elementos)”<sup>65</sup>.

También Moulián cree encontrar problemas con el marxismo mismo, más allá de su codificación dogmática. Por un lado estaría la “estrechez del marxismo” para entender la enorme “complejidad del Estado moderno” y de la estructura social que le es propia. Por otro lado, el dogmatismo a que hemos hecho referencia no provendría sólo de una cierta lectura o interpretación desde fuera del marxismo, sino de una dimensión inherente al propio marxismo. “En la teoría misma —dice Moulián— hay un núcleo dogmático. La dictadura como régimen político es una derivación lógica de esta teoría más que su distorsión”<sup>66</sup>. Ello sería así, según Moulián, a partir de la “teoría de la ciencia” y de la “teoría del partido” que hay en el marxismo. Ambas transforman a este último en “saber absoluto: única ciencia del desarrollo histórico”. Así, “el marxismo como saber absoluto” y “el partido como administrador de ese saber” contendrían un elemento claramente “antidemocrático”, que haría imposible el “pluralismo político”.

<sup>63</sup> Tironi (1984), 31.

<sup>64</sup> Tomás Moulián (1982b), 17. Sobre el tema de la “crisis del marxismo” también se puede ver. Paramio (1987), 29-30.

<sup>65</sup> Alejandro Rojas (1984), 516.

<sup>66</sup> Tomás Moulián (1982b), 17.

Pero, junto a opiniones como las de Rojas o Moulián, representativos de aquellos sectores que ven más que “insuficiencias” en el marxismo mismo, emergen aquellos sectores que rehúsan tirar el marxismo por la borda. Es que, como dice el propio Brunner, “el marxismo es un ingrediente de la cultura socialista”<sup>67</sup>. Como ocurre con el tema de la revolución, una vez más este elemento cultural pareciera prevalecer, lo que nos dice algo acerca de los límites que los factores de cultura política van imponiendo a los procesos de desarrollo ideológico.

Se trata, en todo caso, en la visión de este último sector (al parecer predominante), de “la adopción de un marxismo crítico, en permanente búsqueda y creación, abierto al aporte de otras vertientes teóricas y culturales, contrario a toda manipulación dogmática y a todo congelamiento de su esencial contenido revolucionario”<sup>68</sup>. Esta sería, según un documento del PS de 1985, la concepción más acorde con la definición original del marxismo contenida en la Declaración de Principios de 1933, según la cual el PS reconoce al marxismo “como un método de interpretación de la realidad, el cual debe ser permanentemente enriquecido por el avance científico y el devenir social”. Se trata, pues, según el mismo documento, de un marxismo “creativo y no dogmático”, que sirva de “guía para la acción” y que acoja los nuevos aportes y desafíos de una realidad siempre cambiante. Entre estas nuevas realidades, que requieren de un “serio esfuerzo de creación teórica y de imaginación”, están los “valores cristianos revolucionarios”, el “contenido democrático” de una concepción socialista auténtica, los nuevos procesos sociales que impiden una reducción a “un esquema puramente clasista” y la “relación democrática entre el partido político y el movimiento social”, lo que pasa por una relación no manipulativa con este último, al que se reconoce su autonomía.

Finalmente, un documento que alude a ciertos “consensos” logrados al interior de este proceso de renovación socialista, en relación al tema del marxismo, es el de las “actas finales” del Segundo Encuentro de Chantilly, celebrado en septiembre de 1983<sup>69</sup>. Junto con reiterar que “el marxismo forma parte de la cultura política de amplios sectores sociales de Chile”, y señalar que “un marxismo no ortodoxo, sin complejos y renovado”, incidirá positivamente en el futuro democrático, el grupo de intelectuales que suscribe dichas actas plantea tres consensos importantes: (1) “no es necesario romper con el marxismo para avanzar hacia un proyecto socialista y democrático”, sin perjuicio de reconocer sus “debilidades”, “errores” e “insuficiencias”; (2) se hace necesario, en todo caso, “desacralizar el marxismo y romper con su codificación”, y (3) si en verdad el marxismo tiene “pretensiones científicas”, debe entonces “abrirse al análisis de nuevas realidades, admitiendo nuevas evidencias que puedan refutar planteamientos originarios”. En todo caso, el documento aclara que “no es necesario ser

<sup>67</sup> Brunner (1983).

<sup>68</sup> “Convergencia Socialista: Fundamentos de una Propuesta”, *op. cit.*, 74.

<sup>69</sup> Dicho documento puede consultarse en la revista *Apsi* (149, 31 de julio al 13 de agosto de 1984).

marxista para ser socialista, situación que lleva a postular una concepción pluralista del socialismo”.

Estimamos que estas opiniones y documentos son suficientemente elocuentes, en el sentido de que lo que se postula no es un marxismo dogmático, sino abierto, crítico y creativo. Ello sin perjuicio de reconocer las insuficiencias, debilidades y errores propios del marxismo. Pero, más que razones de tipo ideológico, lo que pareciera “justificar” esta adscripción a un cierto tipo de marxismo (y a un cierto tipo de revolución), es la propia cultura política socialista, la que da cuenta desde sus orígenes de un importante componente revolucionario y marxista. En todo caso, queda en evidencia que el marxismo no es un componente esencial de este nuevo socialismo democrático, pues, como lo indica el último de los documentos señalados, “no es necesario ser marxista para ser socialista”.

Estas son algunas de las posibles respuestas que el proceso de “renovación” socialista plantea frente a estos viejos y nuevos temas del socialismo contemporáneo: leninismo, social democracia, revolución y marxismo.

Un cuarto y último aspecto que interesa abordar en esta sección, en lo relativo al “sentido y alcance” de este nuevo socialismo democrático, es el siguiente: de lo dicho hasta aquí, ¿adónde puede decirse que apunta este nuevo socialismo democrático?

Ya hemos sugerido una de las respuestas posibles: éste apunta a una “tercera vía”, distinta de la socialdemócrata y de la comunista. Sin embargo, esta respuesta es del todo insuficiente y no añade mucho a lo que ya ha sido la trayectoria del socialismo chileno. Este último, desde sus orígenes, se planteó como alternativa a ambos paradigmas, a partir de las propias especificidades del socialismo chileno.

Más que una “tercera vía”, lo que sugiere este proceso es una “nueva síntesis” entre socialismo y democracia; un socialismo definido en términos del “orden social de la justa diferencia” y una democracia entendida como “la organización política para el ejercicio de la libertad”<sup>70</sup>. Lo nuevo en este proceso es el intento de superar la ambigüedad, cuando no la franca oposición, que el socialismo chileno desarrolló históricamente en relación a la democracia política.

En esta nueva etapa, que se inicia en 1973, socialismo y democracia son vistos como inseparables. Se descarta, pues, la tesis tradicional de las “dos fases”: la fase de las tareas “democráticas” (revolución democrático-burguesa) seguida de la fase de las tareas “socialistas” (revolución socialista). Pero no para postular, como ocurriera en la década del sesenta y comienzos del setenta, que ambos tipos de tareas habrían de realizarse “simultáneamente” en la revolución socialista, sino para afirmar que el socialismo sólo tiene posibilidades de un auténtico desarrollo al interior de un régimen democrático de gobierno. La discusión, pues, no gira como en el pasado alrededor del “tipo de revolución” (democrático-burguesa o socialista), sino del “tipo de régimen político” (democracia o autoritarismo).

<sup>70</sup> Arrate (1987) en discurso a su vuelta del exilio.

Este es el sentido profundo de la "renovación" socialista: su revalorización de la democracia política a partir de la traumática experiencia del autoritarismo.

Pero, entonces, ¿de qué socialismo se trata? La tesis que pareciera prevalecer a este respecto es la de la "profundización" democrática. Si no hay tal cosa como una "fase" democrática, seguida de una "fase" socialista, y si la democracia es el régimen político que se postula en forma permanente, lo que cabe desde la propia perspectiva socialista es ampliar, extender, "profundizar" dicha democracia; fortalecerla en sus elementos reales, sin descuidar los formales, en una perspectiva más global de "democratización".

Esta tesis, la de la "profundización" democrática, pareciera prevalecer al interior del socialismo renovado. Así, por ejemplo, un documento por la "convergencia socialista", junto con afirmar que la democracia tiene un "valor permanente", señala lo siguiente: "Nuestro norte es concreto: edificar el socialismo en Chile, contribuyendo a generar una sociedad donde la democracia se profunde y amplíe día a día, dando lugar al ejercicio más pleno y efectivo de la soberanía popular"<sup>71</sup>. En una línea similar, un grupo de partidos y movimientos reunidos en torno al "bloque socialista", representativo de este proceso de renovación, hace un llamado "a las mayorías nacionales a dar inicio a un vasto proceso económico, político, cultural y social que, por el camino de la ampliación y profundización de la democracia, nos conduzca al socialismo"<sup>72</sup>.

Este lenguaje, representativo del fenómeno que analizamos, se va recepcionando en los documentos oficiales del Partido Socialista. Así, por ejemplo, un documento de 1985 de dicho partido señala lo siguiente: "La democracia es consustancial al socialismo. El socialismo, en tanto condición histórica de la eliminación de la explotación, la opresión y la desigualdad social es la culminación, la forma más desarrollada de la democracia"<sup>73</sup>. Añade dicho documento que lo anterior no es otra cosa que una recuperación del legado intelectual de Eugenio González, para quien "el socialismo recoge... las conquistas políticas de la burguesía para darles la plenitud de su sentido humano". Lo anterior implica adoptar "sin ambigüedades" el voto universal, el pluralismo político, la alternancia en el poder, las libertades públicas, y los derechos y obligaciones de mayorías y minorías, junto a la participación real de todos los sectores. "Entendemos por ello —concluye el documento— que el ideal democrático socialista no se realiza destruyendo la democracia que se ha logrado desarrollar en el capitalismo, sino ampliándola. Esta convicción profunda es la que nos exime de toda valoración puramente instrumental o 'tacticista' de la democracia".

Todo lo anterior conduce a una conclusión práctica de enorme trascendencia, relacionada, a su vez, con la autocrítica asumida respecto

<sup>71</sup> Varios firmantes, "Llamamiento de Milán por la Convergencia Socialista", en *Chile-América* (80-81, julio-septiembre de 1982, 77).

<sup>72</sup> Bloque Socialista (1983), 43.

<sup>73</sup> Partido Socialista (1985), 5. Un planteamiento similar se contiene en el "Informe Político del Comité Central al Pleno del PSCH" (mimeo, Santiago, mayo de 1986), 8.

de la Unidad Popular. En efecto, si el socialismo ha de desarrollarse dentro de los "límites" de la democracia política (y no más allá de ellos); si lo que se desea es la "profundización" de la democracia y no su sustitución, no queda sino aspirar a tener tras de sí a una "mayoría" política. Esta carencia, tal como lo hemos señalado, habría estado en el centro del fracaso de la Unidad Popular. El compromiso "radical" con la democracia, señala Garretón, "consiste en que sólo se pueden hacer ciertas cosas en política, si se cuenta con mayorías para ello y esas mayorías están definidas por ciertas reglas preestablecidas y que, en ningún caso, pueden afectar los derechos básicos de los miembros de la sociedad"<sup>74</sup>.

Este pareciera ser el compromiso de la izquierda "renovada": aspirar a representar al "conjunto de la nación"<sup>75</sup>, contando con una mayoría que permita llevar a cabo las tareas de transformación socialista. Lo anterior requiere, en el terreno político concreto, de la conformación de un "bloque histórico por los cambios"; un bloque capaz de concertar una mayoría suficiente para democratizar el país e impulsar las transformaciones estructurales en lo económico y social, que son requisitos ineludibles de la democracia"<sup>76</sup>. Esta es vista como "la tarea central del partido" en una perspectiva más global de democratización.

Esta "nueva síntesis" entre socialismo y democracia pone así el énfasis en la democracia, en cuanto régimen político de gobierno, lo que conduce a un replanteamiento radical respecto del socialismo que se postula: desde un socialismo que se definía como una "fase" distinta de la democrática, y como alternativa a la misma, se pasa a un socialismo entendido en término de una "profundización" democrática. Este pareciera ser el sentido profundo del proceso de renovación socialista.

## CONCLUSION

De lo dicho hasta aquí es posible afirmar que, al menos desde el punto de vista de su desarrollo teórico, el proceso de renovación socialista se encuentra suficientemente definido. En esencia, desde la propia perspectiva socialista dicho proceso plantea la necesidad de una revalorización de la democracia política, en los términos en que se la conoce en Occidente: pluralismo político, alternancia en el poder, gobierno de mayoría y respeto de los derechos de la minoría y de las libertades democráticas fundamentales.

Hacia adelante, sin embargo, surgen algunas interrogantes en relación a lo que pareciera ser uno de los puntos más débiles de dicho proceso: su desarrollo orgánico. Se trata, como hemos dicho, de un

<sup>74</sup> Manuel Antonio Garretón (1987), 30. De un modo similar, Ricardo Núñez, secretario general del PS, declara que se requiere de una "mayoría efectiva y real para ir logrando las transformaciones más profundas" (entrevista en revista *Apsi*, 14 al 17 de octubre de 1983).

<sup>75</sup> Carta de un grupo de "intelectuales y profesionales" al secretario general del PSCH, al momento de ingresar al partido (*op. cit.*, 5).

<sup>76</sup> "Informe Político del Comité Central al Pleno Nacional del PSCH", *op. cit.*, 1.

proceso mas avanzado en el plano de las ideas que en el de su expresión política concreta. Ello, sin perjuicio de que sus dirigentes ya perciben una importante "sensación de partido"<sup>77</sup>. Así, por lo demás, lo corroboran la presencia pública de los mismos y diversas elecciones a nivel de organizaciones sociales.

¿Cuánto representa este nuevo socialismo democrático en términos políticos y electorales? Esta pareciera ser una primera pregunta de importancia. No es fácil dar con una respuesta adecuada. Digamos a este respecto que la prolongación en el tiempo de una dictadura militar afecta a este nuevo socialismo democrático de dos maneras: en primer lugar, la falta de competencia político-electoral impide saber a ciencia cierta "quién es quién" en la política chilena, lo que es especialmente crítico en el caso de un partido en proceso de organización. En segundo lugar, la ausencia de un real proceso democratizador contribuye a reforzar al polo más radicalizado de la izquierda, el que, en el caso chileno, incluye un importante componente de tipo leninista.

Así, pues, la falta de un espacio para la competencia político-electoral y la ausencia en Chile de un real proceso democratizador, en el contexto de un régimen autoritario que se prolonga en el tiempo, dificultan la consolidación política y orgánica de un polo democrático al interior de la izquierda, y tienden a reforzar el polo leninista.

En seguida, y volviendo al punto inicial, surge la interrogante acerca de la expresión política concreta que adoptará este proceso de renovación socialista. ¿Qué forma adoptará, en definitiva, este nuevo socialismo democrático? ¿Cuál será su expresión orgánica?

Estas son algunas de las preguntas que emergen hacia el futuro.

En relación al desarrollo orgánico de este nuevo socialismo democrático, es posible distinguir, a partir de 1973, tres etapas: la primera va entre 1973 y 1979 y está marcada por la pugna interna que culmina con la división del Partido Socialista en abril de 1979. Como hemos señalado, de dicha división emergen dos partidos: uno de definición "marxista-leninista", dirigido por Clodomiro Almeyda, y otro de reafirmación democrática, dirigido por Carlos Altamirano.

La segunda etapa es aquella que va entre 1979 y 1983 y da cuenta de un rico debate intelectual. Junto a un replanteamiento radical, a la vez teórico y político, sobre la cuestión de la relación entre socialismo, democracia y autoritarismo, dicha etapa está marcada por el intento de reagrupamiento de diversas fuerzas históricas y recientes de la izquierda chilena en torno a lo que se conoció como la "convergencia socialista".

Esta última reunió a diversos sectores de políticos e intelectuales del interior y del exilio, en un intento simultáneo por definir el proceso de "renovación" en términos teóricos y dar los primeros pasos de reorganización política. Entre dichos sectores destacan: los "altamirranistas", que emergen del quiebre del PSCH en 1979 (Carlos Altamirano, Jorge Arrate, Ricardo Núñez, Erich Schnake, Armando Arancibia, Luis Alvarado, Luis Jerez, Hernán Vodanovic, entre otros); el "MAPU Obrero-Campesino" (Jaime Gazmuri, José Antonio Vieragallo, Jorge

<sup>77</sup> Entrevistas personales con Jorge Arrate (29 de septiembre de 1987), Erich Schnake (10 de noviembre de 1987) y Carlos Ominami (22 de septiembre de 1987).

Molina, Marcelo Contreras, José Miguel Insulza, Jaime Estévez, Juan Gabriel Valdés, entre otros); un importante grupo de intelectuales que permaneció en Chile en instituciones como FLACSO y SUR (Manuel Antonio Garretón, José Joaquín Brunner, Tomás Moulián, Angel Flisflisch, Eugenio Tironi, Javier Martínez, entre otros); los "Suizos", que, como su nombre lo indica, se mantuvieron en una actitud de neutralidad frente al conflicto interno en el PSCH (Ricardo Lagos, Heraldo Muñoz, Enzo Faletto, Eduardo Ortiz, Eduardo Trabucco, entre otros), junto a sectores provenientes del MIR (Carlos Ominami y Gonzalo D. Martner), del Partido Comunista (Alejandro Rojas, Luis Razeto, Ernesto Ottone), del Partido Radical (Aníbal Palma y Víctor Manuel Rebolledo), del MAPU (Oscar G. Garretón, Ricardo Brodsky, Guillermo del Valle, entre otros) y de la "Izquierda Cristiana" (Luis Maira, Sergio Bitar, Roberto Celedón, entre otros).

Es en esta segunda fase, básicamente, que nos hemos concentrado en el presente trabajo.

La tercera y última fase es aquella que se inicia en 1983 con la reorganización del Partido Socialista, incluyendo a muchos de los sectores y de las personas mencionadas anteriormente. Algunos de ellos, sin embargo, no se sumaron a esta forma específica de reorganización política (Luis Maira, Aníbal Palma, Tomás Moulián, entre otros), mientras que algunos, que no habían participado en el proceso de "convergencia", sí lo hicieron. Tal es el caso, por ejemplo, de algunos "ex almeydistas", como Calos Briones y Akim Soto; de los "humanistas", ligados históricamente a dirigentes como Aniceto Rodríguez y Manuel Mandujano, y del MAS/USOPO, ligado a dirigentes como Ramón Silva Ulloa y Víctor Sergio Mena.

El Partido Socialista, que se reorganiza en esta tercera fase bajo la égida de la "renovación", toma una forma más definitiva a partir de la elección, en 1984, de autoridades colegiadas y unipersonales. En ese mismo año, Carlos Briones, último Ministro del Interior de Allende, es elegido secretario general del partido. En junio de 1985 tiene lugar la integración orgánica del "MAPU Obrero-Campesino" y de un importante grupo de "intelectuales y profesionales", y finalmente, en 1986, es elegido como secretario general del partido Ricardo Núñez, del sector "altamiranista".

Es evidente, pues, que el proceso de renovación socialista es más que un debate intelectual. En este momento se identifica con un partido: el Partido Socialista-Núñez. Sin embargo, esta etapa de reorganización política está lejos de concluir. La primera pregunta que surge en relación a este proceso es la que ya insinuábamos: ¿Qué forma orgánica adoptará, en definitiva, el proceso de renovación socialista?

Esa primera interrogante se relaciona con otra muy concreta: ¿Será posible la reunificación de los distintos partidos y grupos socialistas en una sola organización? Ello nos remite, a la vez, al tema ineludible de la "unidad socialista". ¿Podrán seguir coexistiendo, por cuerda separada, un PS-Núñez y un PS-Almeyda (entre otras expresiones socialistas de menor relieve)? Por otra parte, si dicha unidad se hace posible, ¿cómo podrán "cohabitar" en un mismo partido un socialismo de tipo democrático con un socialismo de tipo leninista?

En relación a este tipo de interrogantes, creemos que conviene tener en cuenta dos tipos de consideraciones. En primer lugar, están las de tipo político-electoral: ¿Habría cabida en el futuro "mercado político" para dos partidos socialistas? Por cierto que ésta es una pregunta que sólo será posible responder en un escenario democrático. La hipótesis que la pregunta anterior plantea hacia el futuro es que la tesis de las "dos izquierdas", implícita en el proceso de renovación socialista (una izquierda socialista democrática y una de tipo leninista)<sup>78</sup>, difícilmente podrá resistir las presiones provenientes de la competencia partidaria y electoral, la que llama a simplificar la "oferta" política (en este caso concreto, la oferta socialista).

El segundo tipo de consideraciones dice relación con factores de cultura política, en este caso, y frente al tema de la "unidad socialista", con factores de "cultura socialista". Es un hecho que, a lo largo de su historia y por mucho que en su Programa de Organización de 1966 el PSCH haya adoptado el "centralismo democrático", el Partido Socialista vivió una gran democracia interna, permitiendo en su seno las más diversas expresiones. Ello produjo muchas veces divisiones internas. Pero también es un hecho que, junto a lo anterior, hubo en el partido una tendencia a la "unidad socialista" y, más aún, a la "unidad de la izquierda".

Frente a dicha trayectoria histórica, y a esa verdadera "cultura socialista" que considera favorablemente el tema de la "unidad socialista" (en diversidad) y de la "unidad de la izquierda" en general, ¿podrá subsistir la tesis de las "dos izquierdas"? ¿Podrá subsistir el intento de distinguir entre un socialismo "democrático" y un socialismo "leninista"?

Estos factores de tipo cultural no sólo dicen relación con el tema de la "unidad socialista", sino de los propios contenidos del proceso de renovación socialista. Nos referimos, en particular, a aquel debate, ya aludido, en torno al carácter "marxista" o "revolucionario" de este socialismo renovado. Es evidente que dicho debate ha tenido lugar en el contexto más amplio de la "crisis del marxismo", con la consiguiente proposición —al menos en el caso del socialismo europeo— de un socialismo "posmarxista" y "posrevolucionario". Hemos visto que proposiciones semejantes también pueden encontrarse en algunos de los intelectuales de la izquierda chilena. Pero, ¿cómo hacer frente a una cultura tan arraigada como la del socialismo chileno, que considera desde sus orígenes una definición "marxista" y "revolucionaria"?

Todo lo anterior plantea hacia el futuro la hipótesis de los factores de "mercado político" y de "cultura política", como limitantes de los procesos de desarrollo ideológico. Aunque puede decirse que es un abismo ideológico el que separa al PS-Núñez del PS-Almeyda, está por verse hasta qué punto esa brecha logrará imponerse por sobre los factores culturales y las exigencias de la competencia político-electoral.

Finalmente, una cuestión muy fundamental en una perspectiva de futuro: la interrogante acerca del contenido económico-social de este

<sup>78</sup> Sobre la tesis de las "dos izquierdas" (aunque no es el término exacto que él utiliza) se puede ver Garretón (1985b), 188.

nuevo socialismo democrático. ¿Qué significa estructurar la economía, en un país subdesarrollado, desde una perspectiva socialista democrática? Tradicionalmente el socialismo supone un proceso de superación de un modo de producción (capitalista) y su sustitución por otro de signo distinto (socialista), lo que suele ir acompañado de algún tipo de "socialización" (eufemismo para la estatización) de la economía. En algunas experiencias, como la socialdemócrata europea, la izquierda ha reconocido los límites impuestos por un capitalismo cada vez más transnacionalizado y ha optado derechamente por tratar de empujar dichos límites desde el interior de este sistema y con apego a las normas y procedimientos del régimen democrático de gobierno<sup>79</sup>. ¿Cuál de éstas, u otras formas distintas de estructurar la economía, adoptará este nuevo socialismo democrático?

Estas son algunas de las preguntas que plantea el futuro del proceso de renovación socialista. Sólo un real proceso democratizador nos permitirá saber cuánto representa, política y electoralmente, este nuevo socialismo democrático; qué forma orgánica adoptará en definitiva, y qué posibilidades existen de una reunificación socialista (y de la izquierda en general). También sabremos sobre los grados de consistencia (o inconsistencia) entre su desarrollo teórico y su desenvolvimiento político, así como sobre los contenidos económico-sociales del mismo. Finalmente, sabremos hasta qué punto los factores culturales y político-electorales constituyen una limitante de los factores de desarrollo ideológico.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALTAMIRANO, C. (1977), "Mensaje a los socialistas en el interior de Chile", mimeo, junio.  
 ----- (1978), "El pensamiento socialista chileno", Departamento de Difusión y Propaganda, Partido Socialista de Chile, Ciudad de México.  
 ARANCIBIA, A. (1985), "Democracia y socialismo", en *Convergencia* 5-6, noviembre de 1981 y enero de 1982.  
 ARRATE, J. (1983), *El socialismo chileno: rescate y renovación*, Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, Barcelona.  
 ----- (1985), *La fuerza democrática de la idea socialista*, Las Ediciones del Ornitorrinco, Santiago.  
 ----- (1987), "Catorce años es, para un ser humano, un tiempo relativamente largo", en *Revista Apsi*, 12 al 18 de octubre.  
 BARROS, R. (1986), "The left and democracy; recent debates in Latin America", *Telos* 68, verano.  
 BERLINGUER, E. (1973), "Reflections after events in Chile", *The Italian communists* 5-6, septiembre-diciembre.  
 BLOQUE SOCIALISTA (1983), "Manifiesto de los socialistas chilenos", en *Chile-América*, julio-octubre.  
 BRUNNER, J. J. (1983), "Una propuesta socialista", en *Revista Análisis* 53, enero.  
 ----- (1986), "Cultura política en la lucha por la democracia", en *Siete ensayos sobre democracia y socialismo en Chile*, Ediciones Documentas, Vector, Santiago.  
 FURCI, C. (1984), "The crisis of the Chilean socialist party (PSCH) in 1979", *Working Paper* 11, Institute of Latin American Studies, University of London, London.  
 GARRETON, M. A. (1985a), "Una alternativa socialista", en *Revista Apsi*, septiembre.

<sup>79</sup> Sobre el particular se puede ver Walker (1987).

- (1985b), "Partido y sociedad en un proyecto socialista", en *Opciones* 7, septiembre-diciembre.
- (1987), "¿En qué consistió la renovación socialista? Síntesis y evaluación de sus contenidos", en Centro de Estudios Valentín Letelier (CEVAL), *La renovación socialista: balance y perspectivas de un proceso vigente*, Santiago.
- HOCHWALD, M. (1981), *Imagery in politics: a study of the ideology of the Chilean Socialist Party*, UCLA, Ph. D. Thesis, University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan, USA.
- LECHNER, N. (1985a), "¿Revolución o ruptura pactada?", en Fundación Pablo Iglesias, *Caminos de la democracia en América Latina*, Editorial Pablo Iglesias, Madrid.
- (1985b), "De la revolución a la democracia. El debate intelectual en América Latina", en *Opciones* 6, mayo-agosto.
- MARTNER, G. (1987), "La unidad de la izquierda: una perspectiva", en *Convergencia* 11, abril-junio.
- MOULIAN, T. (1982a), "La crisis de la izquierda", en *Revista Mexicana de Sociología*, XLIV, 2, abril-junio.
- (1982b), "Sobre la teoría de la renovación: notas introductorias", en *Chile-América*, Encuentro de Chantilly, septiembre.
- (1983), *Democracia y socialismo en Chile*, FLACSO, Santiago.
- OMINAMI, C. (1986), "Socialismo y proyecto nacional", en *Convergencia* 10, diciembre.
- OTTONE, E. (1986), "Democratización y nueva hegemonía en Chile", en J. Arrate y otros, *Siete ensayos sobre democracia y socialismo en Chile*, Ediciones Documentas, Vector, Santiago.
- PARAMIO, L. (1987), "Tras el diluvio: un ensayo de posmarxismo", *Leviatán*, otoño-invierno.
- PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE (NUÑEZ) (1985), "Proposiciones al encuentro para la integración del socialismo chileno", mimeo, Santiago, junio.
- POLLACK, B. y H. ROSENKRANZ (1986), *Revolutionary social democracy: the Chilean Socialist Party*, Frances Pinter Publishers, London.
- ROJAS, A. (1984), *The problem of democracy and socialism in the Chilean political process from the 1880s to 1980s*, Ph. D. Thesis, York University, Toronto, Canadá.
- SILVA SOLAR, J. (1977), "Reflexiones críticas sobre las contradicciones internas de la vía chilena", en *Chile-América*, noviembre-diciembre.
- (1985), "¿Hacia una nueva fase del socialismo?", en *Opciones* 7, septiembre-diciembre.
- TIRONI, E. (1981), "Inventario de la crisis de la izquierda", en *Revista Análisis*, enero.
- (1984), *La Torre de Babel: ensayos de críticas y renovación socialista*, Ediciones Sur, Santiago.
- VIERAGALLO, J. A. (1979), "Renovar la izquierda", en *Chile-América*, enero-febrero.
- (1982), "Perfil y espacio de la convergencia socialista", en *Chile-América*, abril-mayo-junio.
- WALKER, I. (1986), "Del populismo al leninismo y la 'inevitabilidad del conflicto': el Partido Socialista de Chile (1933-1973)", *Notas Técnicas* Nº 91, CIEPLAN, Santiago, diciembre.
- (1987), "Socialismo y democracia: algunas experiencias europeas", en *Colección Estudios CIEPLAN* 21, Santiago, junio.